

## La nave de la muerte

por *El tigre espacial*

La luz amarilla se encendió y parpadeó. Eso no era bueno.

—¡Ya valió! —exclamó Atilano, mientras revisaba el *SSPS*. Buscaba un buen lugar en el que aterrizar. Por suerte estaba cerca de Marte, así que podría amartizar en Nix Olympus. Atilano apretó unos cuantos botones para indicar a la computadora las coordenadas exactas del amartizaje. La computadora chilló y la nave dio un giro brusco que provocó que el hombre tuviera que agarrarse de su asiento. La luz seguía parpadeando.

La nave, una *Alcubierre 2267*, se asentó en el rojo suelo marciano con suavidad. Se apagó la consola. Atilano dejó los controles y se colocó el traje espacial para salir a explorar. El *SSPS* le indicaba que cerca había un domo geodésico y las imágenes del satélite lo comprobaron. Atilano marcó la posición de la nave en el *SSPS* portátil y abordó un pequeño vehículo, de esos que llamaban *rover* como recuerdo de tiempos pasados.

El *rover* avanzó por el paisaje desértico. El *SSPS* indicaba que a esa velocidad llegaría en dos días al domo. Llegó la noche marciana y Atilano se acomodó para dormir, mientras el vehículo avanzaba con el piloto automático. Aprovechó también para enviar un mensaje a su mujer. Alcanzó el domo unas treinta horas después.

Atilano aparcó el *rover* frente a la entrada que era custodiada por soldados del ejército interplanetario. Por la radio, Atilano se presentó ante ellos. Los soldados lo dejaron pasar después de revisar su identificación.

Dentro del domo, Atilano se quitó el casco. El aire era fresco y dio un gran respiro.

—¿Atilano?

Atilano reconoció la voz.

—¿Víctor?

—El mismo que viste y calza.

—¡Vaya sorpresa!, ¿qué haces por aquí?

—Estoy de paso —respondió Víctor—, me dirijo a Ganimedes, pero me detuvo el ejército interplanetario para revisar mis documentos y ya ves que tardan un buen esos trámites. Y, ¿tú?

—Pues fui a fumigar una de esas factorías de carne sintética en el cinturón de asteroides y mi *Alcubierre* se descompuso. ¿Y qué hacen los interplanetarios aquí? Pensé que Marte era un planeta libre.

—Lo era. Hace algunos años llegaron los *esparcos* y abrieron laboratorios de *exta* y *donna*. No son productores tan grandes como los del cinturón de Kuiper, pero también son peligrosos. El ejército ahora está haciendo redadas para desintegrarlos.

—Ya veo.

—Sí, Atilano. Por cierto, el piloto con el que vengo es un técnico, ¿quieres que le pida que te ayude?

—Sí, por favor.

Los dos fueron en busca de Rito, el otro piloto. Lo encontraron en un bar. Los tres hombres se pusieron en marcha, con sus trajes espaciales y las herramientas en mano. Rito los llevó en su nave,

una *Von Karmán 182*. Atilano le indicó las coordenadas exactas, sin embargo, al llegar ahí no encontraron nada.

—Yo creo que fueron los *sparcos*, Atilano. Suelen robar las naves *pa'* vender las piezas. Regresemos al domo y lo denuncias— dijo Víctor.

Atilano asintió y Rito puso en marcha la *Von Karmán*.

De regreso en el domo, se separaron. Atilano entró y los otros fueron a repostar la *Von Karmán*. Volvieron a pasar por donde los interplanetarios. Rito notó que murmuraban entre ellos, pero pensó que no era nada importante. No se lo mencionó a Víctor.

Atilano tenía hambre. Buscó un restaurante y encontró uno en el que vendían carne sintética asada. Pidió una mesa y ordenó un corte bien hecho. Mientras comía, unos interplanetarios entraron al restaurante. Eran tres, un teniente y dos soldados. Cargaban sus rifles electromagnéticos, cuyos rayos podían provocar paros cardíacos.

Los interplanetarios caminaron hacia Atilano.

—Buenas tardes, señor, ¿podría decirnos su nombre completo y su ocupación? —dijo el teniente con voz irritada.

—Atilano Escandón, fumigador independiente —respondió el hombre con nerviosismo.

—Venga, acompañenos.

—No, no, ¿a dónde?, ¿o qué? —dijo Atilano mirando a los hombres confundido y un poco asustado.

—Señor, acompañenos.

—No, si no me dicen que está pasando.

Los otros comensales espiaban la escena con sutileza. Todos ahí sabían que no debían meterse con los interplanetarios.

—¡Señor! —gritó el teniente—, ¡acompañenos, ahora!

Los soldados agarraron a Atilano por los hombros y lo levantaron de la mesa. Atilano gritó pidiendo ayuda, no obstante, todos lo ignoraron. Nadie quería involucrarse en asuntos ajenos. Los soldados arrastraron al hombre fuera del restaurante y lo subieron por la fuerza a un carrito motorizado. El teniente arrancó el carrito. Llevaron a Atilano a una base subterránea, lejos de todas las casas, las tiendas y las factorías.

—Atilano Escandón, se le acusa de participar en la fabricación de sustancias que atentan contra la salud de la población del Sistema Solar —le dijo el teniente, mientras esposaban a Atilano a una mesa.

—¿De qué habla? Yo soy fumigador...

Un golpe en el vientre de Atilano lo interrumpió.

—Firme ahora su declaración y empezaremos el proceso...

—¡No firmaré eso! —gritó Atilano que había vuelto a tomar aire—, yo no soy *sparco*, no hice nada...

Otro golpe seco en su vientre.

—Ya sabemos en qué estás metido. O firmas y te declaras culpable, y entonces te llevamos de inmediato al ministerio en la luna; o si no te quedas aquí con nosotros hasta que quieras firmar. Y créeme, eso no te gustará.

—Yo no hice nada, ya suéltanme...

Lo retuvieron en la base, mientras lo torturaban. Lo electrocutaron y lo golpearon en todo el cuerpo. Con unas pinzas electrónicas apretaron sus genitales hasta casi destrozarlos. Entre murmullos, Atilano logró escuchar que también habían atrapado a Víctor y a Rito, por las mismas razones que a él.

Cada dos horas volvían a presentarle la declaración para que la firmara. Atilano rechazó firmarla todas las veces. Entonces volvían a golpearlo y apretar sus genitales con las pinzas electrónicas.

A los dos días, desistieron de empezar un proceso contra él.

—Señor, firme esto...

—No voy a firmar —dijo Atilano apenas con voz—, ya les dije que yo no hice nada...

—Lea el papel, señor. Es un oficio en el que acepta ser piloto provisional para el ejército interplanetario.

—¡Qué les pasa...! —dijo el hombre para luego interrumpirse. Se le había ocurrido una idea—, está bien lo firmaré.

Lo subieron a una *Alcubierre 2279* de diez plazas. Las *Alcubierre* eran todas parecidas y Atilano pudo pilotearla sin problemas. Los interplanetarios le ordenaron que los llevara a un viaje de reconocimiento en Fobos y Deimos. Eran tres interplanetarios, los mismos que lo detuvieron en el restaurante.

En un par de horas llegaron a Fobos. No había señales de algún laboratorio, aunque muchas veces tales laboratorios estaban ocultos bajo tierra. Era fácil construir en los satélites con baja gravedad, si se contaba con las máquinas y los robots necesarios. Los interplanetarios obligaron a Atilano a

detenerse en las zonas que les parecieron más sospechosas y las fotografiaron a diversas longitudes de onda.

El teniente encendió la radio de superposición cuántica. Dio algunos informes y recibió indicaciones. Pasada una media hora, dejaron Fobos y se dirigieron a Deimos. Los interplanetarios sacaron unos cigarrillos. Fumaban y reían. Atilano estaba concentrado, esperando el momento para empezar su plan. Cuando vio que los soldados habían dejado sus rifles electromagnéticos en el suelo de la nave, actuó. Las cabinas de control de las *Alcubierre* podían cerrarse con seguro desde el panel de control.

—¡Hey!, ¿qué estás haciendo? —gritó el teniente al mismo tiempo que los otros corrían para evitar que la cabina se cerrara. No lo lograron.

Atilano encendió la radio cuántica y se comunicó al mismo lugar al que lo había hecho el teniente. Cuando le respondieron, comenzó a hablar.

—Me llamó Atilano Escandón y fui detenido por el ejército interplanetario de manera arbitraria. También fueron apresados el señor Víctor Fong y el piloto Rito Quezada. Todos fuimos torturados para admitir que somos *sparcos*, acusación por completo falsa y de la que no existe ninguna prueba. Quiero denunciar a los oficiales estacionados a faldas de Nix Olympus...

—Señor, por favor comuníquenos con el oficial del ejército interplanetario de más alto rango...

—¡Escúchenme!...

—Señor...

No tenía caso. Los interplanetarios no harían nada en contra de los suyos. Atilano sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—¡Malditos interplanetarios! Dicen defender al pueblo, pero prefieren atacar al hombre humilde y trabajador antes que al verdadero criminal —Atilano escupía las palabras con furia e impotencia.

—¡Atilano!, ¿qué estás haciendo? —gritaba el teniente— ¡Abre la cabina, ahora!

—No teniente —le respondió Atilano—, en el espacio yo soy el que manda. Si quieren usen sus armas, a ver si son tan machitos como allá en Marte ...

La radio seguía encendida y en el satélite de control escuchaban toda aquella conversación.

Atilano recordó las torturas de los dos días previos y les preguntó a los soldados y al teniente porqué habían hecho todo aquello. Los interplanetarios no respondieron. Atilano calló un momento, había llegado a una resolución.

—Voy a estrellar la nave —declaró Atilano con fuerza.

—¿Qué?

—Voy a estrellar la nave en la luna —repitió el hombre con más seguridad.

Uno de los soldados chilló al comprender las palabras del piloto.

La voz de la radio volvió a pedir que la comunicaran con el teniente. Atilano la ignoró y le indicó a la computadora de la nave las coordenadas de la base militar del cráter Aristarco de Samos, en la luna. Los altos mandos consideraron destruir la nave antes de la colisión, pero no contaban con los recursos suficientes. La artillería pesada estaba toda más allá de Neptuno. No llegaría a tiempo. Sin otra opción, el ejército interplanetario mandó dos *Alcubierre* personales para persuadir a Atilano de no estrellarse.

Dentro de la nave, el teniente y los soldados suplicaban y pedían perdón al piloto, que reía y se burlaba de ellos. Volvió a declarar que se estrellaría. Su decisión era inapelable.

—¡No lo hagas, Atilano! —le suplicaba el teniente—, yo tengo familia. Me están esperando en casa...

—Yo también tengo familia, teniente, y se quedarán llorando. Ustedes me la hicieron y ahora yo se las haré... no me importa morir. Estamos por estrellarnos.

Los *Alcubierre* personales no lograron nada y se retiraron cuando Atilano entró a la órbita lunar. El piloto revisó las tomas áreas para cerciorarse de que se precipitaría en el lugar preciso.

—¡Con una...! —gritó al darse cuenta de la escuela que estaba al lado de la base.

Atilano cambió las coordenadas. La nave viró con agresividad. Los soldados fueron empujados por la fuerza centrífuga y se golpearon con las paredes de la nave. La *Alcubierre 2279* fue ganando velocidad conforme se acercaba al suelo lunar. Los interplanetarios rezaban, Atilano comenzó a despedirse de su esposa, de sus amigos y camaradas pilotos.

La nave alcanzó el suelo lunar en el cráter Nabor Carrillo. No hubo sobrevivientes.